

# EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 384.

Alicante 13 de Abril de 1878.

Año IX

## LA EUCARISTIA, LA MUERTE, EL CIELO.

### I.

Se ha dicho muchas veces que vale poco haber vivido bien, y que se necesita aprender á bien morir. Verdad es que la vida piadosa es la garantía más segura de una buena muerte.

Sin embargo, no podemos contar con la perseverancia final; y así como está escrito que al concluir este mundo perecedero, el sol se oscurecerá y las estrellas caerán del cielo, de la misma manera debemos temer siempre que al concluir nuestra vida nos niegue su luz el sol divino de la gracia, y después de haber resplandecido quizá con nuestras virtudes como las estrellas de los cielos, caigamos como ellas; y esta es la razón por que debemos siempre pedir á Dios morir bien.

¿Y qué es morir bien? La Iglesia, para designar una santa muerte, dice palabras tiernísimas: desea que muramos en el *ósculo del Señor*...

En estas palabras, ¿no hemos reconocido el ósculo de la Comunión, el ósculo eucarístico? ¿Y no diré bien, concordando mi sentir con la Iglesia, que morir

bien es comulgar bien al morir? Complázcome, pues, en aproximar aún estas dos palabras, la Eucaristia y la muerte.

Si pienso únicamente en la muerte, me horroriza, y mi naturaleza y mi sér la rechazan como un cruel enemigo. La Eucaristia, por el contrario, resume en mi favor todo lo que es bueno, santo, amable é inmortal; y ¡cuántas gracias doy á Dios, entonces, por haber relacionado tan íntimamente la Eucaristia y la muerte! Viniendo sola la muerte traería consigo la desesperación y el temor; pero la Eucaristia y la muerte vienen juntas: aquella corrige me hace olvidar las amarguras de la otra. Temo ménos á la muerte, porque la Eucaristia está con ella.

### II.

Efectivamente, la muerte nos causa un doble espanto; nos separa de las personas que amamos y nos deja en una dolorosa incertidumbre sobre nuestro destino futuro..... Pero la Eucaristia calma en nosotros este doble espanto, porque nos consuela de los bienes terrenales que dejamos y nos asegura los bienes del cielo.

Nos consuela de los bienes terrenales. Estos tienen tanto poder sobre el hom-

bre, que los lazos que á ellos le unen sólo se rompen con su vida. Todo lo pierde en este valle de lágrimas, y sin embargo, todo lo ama.

El mundo que habita, el aire que respira, la tierra que pisa, el cielo que cual bóveda espléndida se extiende sobre su cabeza; luego, lo que le pertenece, su campo, su viña, su rebaño, y más que todas estas cosas, las criaturas humanas que ama y cuya vida se confunde con la suya. Y sin embargo, en el seno de este universo donde se complace su corazón, colocó Dios ante el cristiano un tesoro más precioso que todas las riquezas humanas, una felicidad más sublime que todos los placeres perecederos, un bien sobre todos los bienes, la Santa Eucaristía, que contiene la belleza divina, la majestad divina, y la felicidad del cielo. Pero un velo tenebroso oculta á nuestras miradas lo que es en realidad, y solo vemos en ella humildes apariencias.

Así la tierra que habitamos nos presenta á la vez estos dos bienes, que, bajo puntos de vista muy diferentes, nos ofrecen muchos encantos; las criaturas y la Eucaristía. El hombre está en la escena del mundo como entre dos espectáculos, de los cuales vé uno, mientras se le oculta el otro.

Verdad es lo que percibe con sus sentidos, obra sobre él directamente y le cautiva más. Sin embargo, con su alma, con lo más elevado de su espíritu, con lo más noble y amable de su corazón aspira á los bienes misteriosos que se le ofrecen en el altar.

El cristiano fervoroso ha fijado muchísimas veces sus ávidas miradas sobre la divina Hostia. Su fé, su esperanza y

su amor intentaban escudriñar el misterio, y no cesaba de repetir con el Doctor Angélico: «Divino Jesús, que apenas veo bajo esos velos, haced, os ruego, que contemplandoos cara á cara, me embriague con la vista de vuestra gloria» (1). ¡Ay! vana era su oración, los velos no desaparecían, su vista tropezaba inútilmente con ellos, y repetía con David:

«Mis ojos desfallecen, y dicen: ¿cuándo me consolareis?» (2)

¿Qué alma piadosa no ha formulado así sus quejas ante el Santísimo Sacramento manifiesto? ¿Y no es una de nuestras tristezas cristianas sentir tan cerca de nosotros al Dios que amamos, y no verle nunca?

### III.

Pues bien, la muerte es el momento deseado en que la cortina cae ante el invisible espectáculo que ántes arrebatava nuestros corazones.

La Eucaristía, por última vez, se presenta ante nuestros ojos moribundos, y y va á revelárenos. Quizá conservamos aún restos de nuestras antiguas concupiscencias, y experimentamos un supremo inútil pesar por el mundo y los que en él viven.... Pero á medida que se acerca la hora en que se disiparán las sombras eucarísticas, el mundo se desvanece para nosotros entre oscuras tinieblas.

Apénas nuestros ojos reconocen los objetos que tanto hemos amado, y solo anhelan contemplar la belleza de Dios.

Entonces nuestro pecho jadeante bus-

(1) *Off. in festo Corp-Christi.*

(2) *Ps. CXVIII. 82.*

ca su último aliento para encaminarse á él. Entonces nuestro corazón que resfria la muerte, halla aún calor para hacer un acto de amor, y sentimos ya que este amor va á ser más fuerte que la muerte. Sacudimos los lazos de nuestro cuerpo mortal que aún nos encadenan á la vida, y como San Pablo, queremos morir para unirnos á Jesucristo. (1).

Pero ya esta union se realiza, puesto que el Salvador se nos da. ¡Oh Comunión postrera! ¡Oh don supremo del amor de un Dios! Cuanto más á punto estamos de dejarlo todo, más nos prodiga la Eucaristia sus riquezas; y á medida que desaparecen los atractivos del mundo, más nos hace gustar y ver cuan suave es el Señor. Le abandonamos con alegría lo que nos queda de fortaleza y vida, y en cambio deposita en nuestras almas el gérmen de una nueva vida. Aplicamos por última vez nuestros labios moribundos al Cuerpo adorable que es ahora nuestro único bien, y nos dormimos en el ósculo del Señor.

#### IV.

Así la Eucaristia nos consuela de las pérdidas que nos impone la muerte, haciéndonos entrever el cielo. Y no será vana nuestra esperanza, porque ella será nuestra guia.

La Iglesia ha comprendido tan perfectamente que la Eucaristia conduce á las almas al cielo, que la da un nombre especial, cuando se la recibe en la hora de la muerte. Llámala Santo Viático, como si dijese Sacramento del viaje, viaje, en

(1) Phil. I, 23.

efecto, laborioso y lejano para el alma. La Iglesia asiste á su partida y la despiende: «Parte; oh alma cristiana» (1).

Pero no la deja encaminarse sola; la confia al Santo Viático, y el mismo Señor vá á acompañarla en su camino. Todo lo prevé en favor suyo; la dirige y nada le falta (2).

Al dejar la tierra, ¿cual sendero debo seguir? Porque en ella conocia los caminos que conducian á mi casa, y los que debia andar para visitar á mis amigos y parientes; pero ahora no conozco este camino nuevo; ¿quien me lo enseñará?— «Yo, responde el Señor; yo soy el camino (3). Mejor que el Angel de Tóbias te mostraré senderos seguros, y no declinarás á izquierda ni á derecha.

Cerráronse mis ojos á la luz del sol, y Job, hablándome de la muerte, la llama tierra tenebrosa donde habita un sempiterno horror (4). ¿Quién disipará ante mi estas tinieblas? ¿Quién me hará ver en esta noche horrible?— «Yo soy la luz, añade el Señor, y los que me siguen no andan en tinieblas (5).»

Pero ¡quizá mis pies vacilantes tropezarán á cada paso! «Te apoyarás sobre Mi, continúa el Señor, seré en tus manos el baston de viaje, el baston que sostiene y consuela (6).» — Pero dejo mis graneros y mis bodegas llenas. Nada llevo conmigo. ¿En dónde hallaré, durante este

(1) Ordo. com. animac.

(2) Ps. XII. 4.

(3) Joa. XIV. 16.

(4) Job X. 12.

(5) Joan VIII. 12.

(6) Ps. XXII. 4.

largo camino, mi comida y mi bebida?..  
— «En Mi, dice, en fin, el Señor, porque soy tu Viático. Soy el pan bajado del cielo y doy vida al mundo (1). Ni las gavillas de trigo amontonadas en tus granjas, ni los racimos pisados en tus lagares han podido preservarte de la muerte; mas el que me come, vivirá eternamente (2).»

### V

¡Cuánto me complace figurarme al alma cristiana que sale de este miserable mundo y camina con la Eucaristia! Esta no cesa de repetirla estas palabras: «No temas nada, soy yo (3);» y el alma, confiada en su Divino Guia, le sigue á las mansiones celestiales.

Verdad es que el alma será juzgada allí; ¡pero es un amable tribunal, cuyo Juez es el Dios de la Eucaristia! Alma fiel, si tuviste en la tierra la felicidad de comulgar bien y con frecuencia, no temas, que el Juez dará sobre tí esta sentencia:

«Era un extranjero en la tierra, y me acogiste (4). Ven, ¡bendita de mi Padre! á tomar posesion del reino que te ha sido preparado (5).»

Verdad es que el juicio será justo y que nuestras faltas merecerán quizá una pasajera expiacion; pero puedo, á lo menos, afirmar que nuestra devocion á la Eucaristia será el medio más poderoso de

abreviar el tiempo de nuestra prueba. ¿Necesito acaso recordaros, cristianos, que nuestras comuniones bien hechas nos purifican de nuestras faltas veniales y disminuyen asi las deudas que hemos contraido con la justicia eterna? Además, ¿no habeis observado que la Iglesia aplica invariablemente á la Santa Comunion sus indulgencias más extensas, y sobre todo, sus indulgencias plenarias?

Tambien sabeis que la Sangre Divina, al ofrecerse sobre nuestros altares, se hace expiacion de nuestros pecados; y si en vida amamos mucho la Eucaristia, ya cuidaremos que sea ofrecida despues de la muerte por la remision de nuestros pecados.

### VI.

Lavada el alma justa en la Sangre del Cordero, es unida á Dios para siempre. Pero quiero, sobre todo, considerar en esta divina union al alma devota de la Eucaristia.

La bienaventuranza celestial es una misma para todos los elegidos, porque, gozando todos de la clara vista de Dios, todos son igualmente hartos, segun la expresion del salmista, con la contemplacion de su gloria (1). Sin embargo, Jesucristo nos enseña que hay diferentes moradas en la casa de su Padre (2): el cielo varía hasta lo infinito, segun las obras, las virtudes, los meritos, y si me es permitido decirlo asi, las piadosas inclinaciones de cada alma. Diferentes son, por ejemplo, la felicidad de los mártires, la

(1) Joa. VI. 32.

(2) Jorn. VI. 59.

(3) Mat XIV. 27.

(4) Mat. XXV. 43.

(5) Mat. XXV. 34.

(1) Ps. XVI. 15.

(2) Joan. XIV. 2.

de las vírgenes, la de los Doctores, y la Iglesia designa con el nombre de auréola la gloria particular reservada á estos Santos.

Así me complazco en pensar que el alma devota de la Eucaristía tendrá una bienaventuranza especial en el cielo. Uno de los goces más profundos de la santidad es la intuición clara de los misterios del Cristianismo; y en el cielo las Tres Personas Divinas nos aparecerán perfectamente distintas en una sola y única sustancia. Veremos claro en la Trinidad. También, dice San Pablo, (1) que es privilegio de los Santos comprender la anchura, longura y profundidad del amor que Jesucristo manifestó á los hombres con su Encarnación, con su vida, con su muerte, y sobre todo, con la divina Eucaristía. Pues bien, me figuro que en el cielo el alma santa sabrá medir la largura, anchura, altura y profundidad de la Eucaristía.

Cuando hablábamos en la tierra de las delicias del Tabernáculo, apenas sabíamos balbucear... El alma sólo comienza en el Cielo á alabar dignamente y á cantar el Sacramento augusto que excede á todas nuestras alabanzas y á todos nuestros cánticos. En la tierra, haciendo trabajar nuestra memoria, sólo entreveíamos vagamente las gracias incomparables que descendían del altar sobre nosotros. El alma bienaventurada lee como en un libro abierto toda la historia de la Eucaristía desde su fundación en el Cenáculo. Vé á la Iglesia llenarse poco á poco de la sávia eucarística para sacar de ella su vida, su fuerza y su duración. Vé ali-

(1) Eph. III. 18.

mentarse á todos los Santos con el trigo de los elegidos y germinar vírgenes con el vino del cáliz. Se considera después á sí misma, y reflexionando sobre su vida pasada, vé que se elevó de Comunión en Comunión, como por una escala misteriosa, hasta llegar al cielo. Y ahora que vive del manantial de los deleites divinos y posee todos los bienes que la hacen dichosa, arrebatada de júbilo exclama: «Viniéronme todos estos bienes con ella» (1).

## VII.

¡La Eucaristía habrá sido en el cielo el principio de nuestra felicidad, y será su consumación! Mas ¿qué digo? La Eucaristía ya no existe en el cielo, porque en el cielo no hay Sacramento. Y así como el carácter sagrado del Bautismo, de la Confirmación y del Orden persevera en los elegidos á la vez que la amistad santa entre los esposos cristianos, de la misma manera me imagino que una especie de unión eucarística se prolonga entre Dios y el alma devota del Santísimo Sacramento. En el cielo esta alma continúa las dulces conversaciones que comenzó postrada ante el Tabernáculo. Distraíanla en la tierra de este amable trato, el ruido del mundo, la preocupación de sus negocios, y el constante recuerdo de sus faltas: ¡mas ahora nada la distrae ni aflige!... ¡Acuérdese del más dulce instante de su más fervorosa Comunión, añádale una duración eterna y hé aquí el cielo!... Muchas veces en la Santa Mesa había dicho como Pedro en el

(1) Sax. VII. 10.

Tabor. ¡Bueno es estar aquí (5); mas al instante una nube espesa la envolvía con sus sombras, y era necesario descender de la montaña!... Ahora también dice: Cuán bueno es estar aquí! y permanece allí eternamente.

(*La Eucaristía y la Vida Cristiana*, por M. de la Bouillerie, Obispo de Carcassonne.)

---

### À CRISTO EN LA CRUZ.

---

¿Quién es aquel caballero,  
Herido por tantas partes,  
Que está de espirar muy cerca  
Y no le socorre nadie?  
Jesús Nazareno dice  
Aquel rótulo notable;  
¡Ay, Dios, que tan dulce nombre  
No promete muerte infame!  
Después del reino y la patria,  
Rey dice más adelante;  
Pues si es rey ¿cuando de espigas  
Han usado coronarse?  
Dos cetros tiene en las manos,  
Mas nunca he visto que claven  
A los reyes con los cetros  
Los vasallos desleales.  
Unos dicen que si es rey,  
De la cruz descienda y baje;  
Y otros, que salvando á muchos,  
A sí no puede salvarse.  
De luto se cubre el cielo  
Y el sol de sagriento esmalte;  
O padece Dios ó el mundo  
Se disuelve y se deshace.

---

(5) Mat. XVII, 4.

Al pié de la cruz María  
Está en dolor tan constante  
Mirando al sol, que se pone  
Entre arreboles de sangre;  
Con ella su amado primo  
Haciendo sus ojos mares,  
Cristo los pone en los dos,  
Más tierno porque se parte.  
¡Oh, lo que sienten los tres!  
Juan, como primo y amante;  
Como Madre, la de Dios,  
Y lo que Dios, Dios lo sabe.  
Alma, mirad como Cristo  
Para partirse á su Padre,  
Viendo que á su Madre deja,  
Le dice palabras tales:  
«Mujer, ves ahí á tu hijo;»  
Y á Juan, «ves ahí á tu madre.»  
Juan queda en lugar de Cristo.  
¡Ay Dios, que favor tan grande!  
Viendo, pues, Jesús, que todo  
Ya comenzaba á acabarse,  
«Sed tengo,» dijo; que tiene  
Sed de que el hombre se salve.  
Corrió un hombre y puso luego  
A sus labios celestiales,  
En una caña, una esponja  
Llena de hiel y vinagre.  
En la boca de Jesús  
Pones hiel, hombre, ¿que haces?  
Mira que por ese cielo  
De Dios las palabras salen.  
Advierte que en ella puso  
Con sus pechos virginales,  
Una ave su blanca leche,  
A cuya dulzura sabe.  
Alma, sus labios divinos  
Cuando vamos á rogarle,  
¿Cómo con vinagre y hiel  
Darán respuesta suave?  
Llegad á la virgen bella

Y decidle con el Angel:  
Ave, quitad su amargura,  
Pues que de gracia sois ave;  
Sepa al vientre el fruto santo,  
Y á la dulce palma el dátil;  
Si tiene el alma á la puerta  
No tengan hiel los umbrales,  
Dulcisimo Jesús mio;  
Aunque esos lábios se dañen  
En hiel de mis graves culpas,  
Dios sois, como Dios habladme;  
Habladme, dulce Jesús,  
Antes que la lengua os falte;  
No os descendan de la cruz  
Sin hablarme y perdonarme .

*Lope de Vega.*

(Romancero Espiritual).

---

## A LA DESPEDIDA DE CRISTO,

NUESTRO BIEN,

de su Santísima Madre.

---

Los dos más dulces esposos,  
Los dos más tiernos amantes,  
Los mejores madre é hijo,  
Porque son Cristo y su Madre,  
Tiernamente se despiden,  
Tanto, que solo en mirarse  
Parece que entre los dos  
Se están repartiendo el cáliz;  
Hijo, le dice la Virgen,  
¡Ay, si pudiera excusarse  
Esta llorosa partida,  
Que las entrañas me parte!  
A morir vas, hijo mio,  
Por el hombre que criastes;  
Que ofensas hechas á Dios  
Solo Dios las satisface.

No se dirá por el hombre  
Quién tal hace que tal pague,  
Pues que vos pagáis por El  
Al precio de vuestra sangre.  
Dejadme, dulce Jesus,  
Que mil veces os abrace,  
Porque me deis fortaleza  
Que á tantos dolores baste.  
Para llevaros á Egipto  
Hubo quien me acompañase,  
Mas para quedar con vos,  
¿Quién dejáis que me acompañe?  
Aunque un ángel me dejeis,  
No es posible consolarme;  
Que ausencia de un Hijo Dios  
No puede suplirla un ángel.  
Ya siento vuestros azotes  
Herir vuestra tierna carne;  
Como es hecha de la mia  
Hace que tambien me alcance.  
Vuestra Cruz llevo en mis hombros,  
Y no hay pasar adelante,  
Porque os imagino en ella,  
Y aunque soy vuestra, soy Madre.  
Mirando Cristo á Maria  
Las lágrimas venerables,  
A la emperatriz del cielo  
Responde palabras tales:  
Dulcisima Madre mia,  
Vos y yo dolor tan grande  
Dos veces le padecemos,  
Porque le tenemos ántes.  
Con voz quedo, aunque me voy  
Que no es posible apartarse  
Por muerte ni por ausencia  
Tan verdaderos amantes.  
Ya siento más que mi muerte  
El ver que el dolor os mate;  
Que el sentir y el padecer  
Se llaman penas iguales.  
Madre, yo voy á morir,

Porqué ya mi eterno Padre  
Tiene dada la sentencia  
Contra mi, que soy su imágen:  
Por el más errado esclavo  
Que ha visto el mundo ni sabe,  
Quiere que muera su Hijo;  
Obedecerle es amarle.  
Para morir he nacido:  
El me mandó que bajase  
De sus entrañas paternas  
A las vuestras virginales:  
Con humildad y obediencia  
Hasta la muerte ha de hallarme.  
La cruz me espera, Señora,  
Consuéleos Dios; abrazadme.  
Contempla á Cristo y Maria,  
Alma, en tantas soledades,  
Que ella se queda sin hijo,  
Y que él sin madre se parte.  
Llega, y dile: Virgen pura,  
¿Queréis que yo os acompañe?  
Que si te quedas con ella,  
*El cielo podrá envidiarme.*

*Lope de Vega.*

(Romancero Espiritual)

Inmenso Dios perdurable,  
Que el mundo todo criaste  
Verdadero,  
Y con amor entrañable  
Por nosotros espiraste  
En el Madero;  
Pues te plugo tal Pasion  
Por nuestras culpas sufrir,  
*¡Oh! Agnus Dei,*  
Llévanos de esta el ladron  
Que salvaste por decir:  
*Memento mei.*

*Mosen Tallant*

(Cancionero general de Castillo.)

## A LA CRUZ BENDITA.

Resplandeciente, dulce, amena planta  
á quien la tierra y cielo se arrodilla,  
cuyo rigor del suelo á Dios levanta,  
cuyo valor del cielo á Dios humilla;  
si el infernal poder de ti se espanta  
y el celestial se alegra y maravilla,  
¿qué puedo yo decir con voz medrosa  
que iguale á tu beldad, Cruz generosa?

Despues que para darnos dulce vida  
en ti gustó mi Dios amarga muerte,  
quedaste en tanto grado enriquecida,  
que se enriquece el alma en solo verte;  
y siendo antes tan frágil y abatida  
eres ahora tan honrada y fuerte,  
que no hay fuerza en el mundo tan hon-

(rosa

que iguale á tu beldad, Cruz generosa.

Refugio de las almas sin consuelo,  
faro del afligido caminante,  
llave sagrada del empireo cielo,  
bandera de la Iglesia militante,  
escala por do el alma sube á vuelo;  
mas ¿para qué te busco semejante,  
si no hay similitud tan ingeniosa  
que iguale á tu beldad, Cruz generosa?

Por tí merece el cielo el alma bella,  
por tí queda el infierno destruido,  
por tí la carne y mundo se atropella,  
por tí se ponen culpas en olvido,  
por tí la gloria se nos firma y sella,  
por tí se gana más de lo perdido,  
por tí quiero acabar con que hoy no hay

(cosa

que iguale á tu beldad, Cruz generosa.

*D. Bartolomé Carrasco de Figueroa.*

(Templo militante.)

## EL SANHEDRIN DEICIDA.

Los hermanos Lemann, tan conocidos en el mundo católico, ayer israelitas, hoy cristianos, sacerdotes y apóstoles, acaban de publicar en Francia un libro cuyo recuerdo en estos días es oportuno. Se titula «Valor de la Asamblea que pronunció la pena de muerte contra Jesucristo».

En él se juzga, bajo el punto de vista de la ley y de las tradiciones judaicas, el proceso intentado al hijo de Dios. ¿Quiénes fueron sus jueces? ¿Cómo procedieron contra él? ¿Cuál fué su respeto hacia la ley misma de que eran intérpretes y de la que querían erigirse en defensores? Tales son las cuestiones que se plantean en este libro, superior al que escribió M. Dupin sobre este asunto.

Los autores analizan y descomponen el Sanhedrin que se formó para juzgar á Nuestro Señor Jesucristo, y nos dan á conocer, no sólo su organizacion, sino el personal de sus miembros. Setenta y un jueces lo componian, y de estos setenta y uno, con la ayuda del Evangelio, del historiador judío Josefo, y de las tradiciones esparcidas en los libros rabinicos, nos dan á conocer el nombre, el carácter y la vida de cuarenta.

En cuanto á los procedimientos, los autores los analizan escrupulosamente á la luz de la ley judaica, tal como ha llegado hasta nosotros en los Libros sagrados, y tal como nos la hace conocer la tradicion rabinica. Esta ley nos parece sabia, humana, protectora de los acusados, severa en la admision de pruebas y concordante en este punto con las leyes

de la Europa cristiana. Para condenar á Jesucristo ha sido necesario faltar abiertamente á ella veintisiete veces.

Los PP. Lemann enumeran detalladamente y prueban hasta la saciedad estas violaciones.

El libro termina con un llamamiento á los israelitas, tomándolos como testigos de esta multiplicada violacion de la ley, y preguntándoles si en toda conciencia puede tener por verdaderos discipulos de Moisés á los que así violan su ley, y si, por el contrario, no deben adorar al que ha venido, «no á abolir la ley, sino á cumplirla.»

---

## CRÓNICA RELIGIOSA.

---

El día 7 de Marzo, el Excmo. señor D. Juan M. de Goyeneche, embajador extraordinario y ministro plenipotenciario del Perú en Francia, comisionado especialmente por su gobierno, pasó á Roma á felicitar al Sumo Pontífice Leon XIII por su exaltacion al trono pontificio, pronunciando con este motivo el siguiente notable discurso, que seguramente verán con gusto nuestros lectores:

«BEATISIMO PADRE:

A las apartadas regiones de la América Latina, por el profundo de los mares inmensos que las separan de Europa, llevó en breves horas el hilo eléctrico que desconoce las distancias, la noticia aciaga de la muerte de Pio IX, del Pontífice supremo que por el largo tiempo de treinta y dos años gobernaba la Iglesia católica, y cuyas admirables virtudes en la vida sa-

cerdotal, cuyo heroísmo en las tribulaciones, cuyo celo apostólico en el apacentamiento de la grey de Jesucristo habianle granjeado la veneracion más cordial y el amor verdaderamente filial de todos los católicos dignos de este nombre en el mundo entero.

Los de la república del Perú, que tantas pruebas han dado en todas ocasiones de su adhesion inquebrantable á la Santa Sede y de su reverencial afecto al Soberano Pastor de sus almas, oprimidos bajo el peso del dolor por el fatal é inesperado suceso, alzaban al cielo llorosos los ojos y suplicantes las manos, implorando del divino fundador de la Iglesia el término de la triste viudez de su mística esposa, particularmente en los días calamitosos que atraviesa, y cuando sus enemigos la insidian, la calumnian y la vejan y la combaten por todas partes.

¡Bienhadada invencion, si ha de serlo alguna vez la del telégrafo submarino! Yo la bendigo ahora, Santísimo padre, porque con igual velocidad que el eco del angustioso plañido de la católica Europa llegó á los peruanos el eco de su exaltacion y de su júbilo, que anunciaba á aquellos corazones anhelantes que la Iglesia santa tenia ya su nuevo Jararca y Pio IX un dignísimo sucesor!

¡Oh Beatísimo Padre! la visible obra de la mano del Omnipotente en vuestra eleccion para el supremo pontificado, tan presto y tan acertadamente cumplida; los merecimientos y las cualidades, notorios ya de tiempo al mundo cristiano, que os han encumbrado á la más augusta dignidad y á la más universal autoridad de la tierra; los testimonios de vuestro celo y prudencia, de vuestra sabiduria y

don de gobierno que están escritos en letras de oro en los anales de los cargos gloriosos que desde vuestra juventud habeis desempeñado; y especialmente en los de vuestro esclarecido Pontificado de Perugia, todo, todo ha contribuido á que los fieles del mundo entero y en especial los peruanos abriesen sus corazones á la más lisonjera esperanza; que trocasen su amarga pena en completa alegría; corriesen fervorosos y festivos al pié de los altares á cantar el himno de accion de gracias. El nombre de Leon XIII se les aparece como una dulce vision misteriosa; como el iris de consuelo y bienandanza en la deshecha tempestad que amenaza sumergir en un caos la sociedad entera.

Beatísimo Padre, altamente honrado por el jefe supremo y el gobierno de mi país con la mision de representarles para cumplimentar á Vuestra Santidad — mision que más honorifica y tan conforme á mi ardiente devocion á la Silla Apostólica, no me ha tocado nunca hasta ahora, ni puede tocarme en adelante — en nombre de la República Peruana y de sus ilustres gobernantes felicito á Vuestra Beatitud con todo el entusiasmo de que alma humana pueda ser capaz.

Los católicos peruanos están y estarán siempre con el Papa y por el Papa; por que conservan viva la fé, pura la doctrina, integras las enseñanzas de su grande Arzobispo Santo Toribio; porque bella flor de las más encantadoras virtudes es de aquel jardin de la naturaleza la fragante y pura azucena que embalsama nuestros altares, Santa Rosa de Lima; y porque indomables como sus antiguos progenitores, á los hijos del Perú no los

sojuzgarán nunca jamás, con la ayuda de Dios, ni el error ni la apostasia.

En vuestra bendición apostólica, que para mi país y su gobierno imploro prostrado á vuestros piés, Santísimo Padre, ciframos los católicos peruanos la felicidad de nuestras familias y la paz y prosperidad de nuestra nacion querida.»

---

Roma 3 de Abril.

Se asegura en muchas partes, y hay muchos indicios que confirman la noticia, de que un gobierno heterodoxo, y hasta el presente tenaz perseguidor de la Iglesia, quiere ceder de este camino, y por motivos políticos ó de otra índole, cesar en la persecucion. Para conseguir esto se han entablado ya negociaciones con la Santa Sede.

Esto explica el retraso que sufre la publicacion de la Enciclica. Se concibe muy bien que el lenguaje de ella, sobre todo en la ocasion presente, esté conforme con la verdadera situacion para que conozcan los fieles lo que, si se realiza, será un gran bien. Este confirma la noticia de que el Papa ha variado por si algo de lo que estaba ya escrito en el citado documento, que por otra parte no tardará mucho en ver la luz pública.

Van llegando ya los peregrinos de la gran peregrinacion polaca-austriaca, que segun parece serán recibidos el dia 10 del presente. Muchos de estos polacos vienen de los puntos más distantes del imperio moscovita, acompañados de cuatro príncipes, miembros de las más ilustres familias de aquel desgraciado país. Se dice que el mensaje de que son portadores está firmado por tres Obispos, si-

guiendo despues los nombres de más de 30.000 católicos de los tres ritos.

El Soberano Pontífice ha recibido esta mañana en audiencia solemne á su excelencia el comendador Octaviano Naldini, ministro del príncipe de Mónaco, que ha presentado las nuevas credenciales.

Anteayer ha llegado á Roma el príncipe ruso Wolkonski; con este motivo han afirmado algunos que este personaje viene encargado de una importante mision diplomática.

---

De una carta de Bonic, que publica *El Tiempo*, transcribimos los siguientes párrafos:

«La industria y el comercio de Roma no son sino para los forasteros y extranjeros, y estos no vienen sino á orar sobre el sepulcro de San Pedro y á besar el pié al Papa. Aquí no se viene á ver ninguna otra cosa. Hoy hay mucha fé y mucha devocion, que empujan hácia el Vaticano; pero no se advierte entusiasmo político de ningun género, que lleve hácia el Quirinal. Del Papa se habla aquí á todas horas y por todo el mundo. De otras cosas casi ni se habla. Pasan semanas y aún meses sin que se haga ni la más leve mencion. Y crea usted que esto no acaba; por el contrario, cada vez ha de ser mayor la corriente.

Esta y otras consideraciones hacen decir á muchas gentes, amigas, por supuesto, del Quirinal, «que Roma no es el centro de Italia, que no es puerto de mar, que su clima es insalubre, que no es poblacion industrial ni mercantil, que no es sino una ciudad religiosa, que no es punto estratégico, que no es ya plaza

fuerte, que seria muy costosa su fortificación, y que, así y todo, ofreceria grandes facilidades para el ataque y suma dificultad para la defensa.» Yo no sé á donde irá á parar esto, pero si sé que los trabajos de fortificación están enteramente paralizados, y que son muchos los hombres de Estado que convienen en que la posesion de Roma no ofrece ninguna ventaja y ocasiona muchos y muy graves disgustos á Italia.»

### CULTOS RELIGIOSOS.

**Domingo.** — En la Colegial, á las ocho y media, bendicion y procesion de las Palmas, misa conventual con sermon que dirá el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo magistral.

En Santa María, á las nueve, bendicion y procesion de las Palmas, y á continuación la misa mayor. — Por la tarde, á la hora acostumbrada, continuará la novena de María Santísima de la Soledad.

En la Misericordia, á las ocho y media, misa mayor. — Por la tarde, á las cuatro, rosario y esplicacion de doctrina cristiana.

En las Capuchinas y Agustinas, á las siete, la misa y bendicion de Palmas.

**Miércoles.** — En la Colegial y Sta. María, á las seis de la tarde, Maitines y Laudes.

**Jueves Santo.** — En la Colegial, á las diez, misa mayor y los oficios propios de tan solemne dia. — Por la tarde á las dos, sermon de Mandato, que dirá D. Vicente Morell. — A las seis Maitines y Laudes.

En Santa María, á las nueve, misa mayor y los demás oficios, concluyendo con el Lavatorio. — Por la tarde, los oficios de Tinieblas, á las cuatro.

En la Misericordia, á las ocho, misa solemne. — Por la noche, á la misma hora, sermon de Pasion que dirá D. Tomás Domenech.

En la Virgen de Gracia los oficios propios del dia.

En las Capuchinas y Agustinas, á las ocho, la misa y demás oficios; y por la tarde á las siete el sermon de Pasion.

**Viernes Santo.** — En la Colegial, á las seis de la mañana, sermon de Pasion que dirá D. José Carratalá. — A las nueve y media, los oficios del dia.

En Santa María, á las nueve, los oficios del dia. — Por la tarde, procesion del Santo Entierro, predicando la plática D. Antonio Llofrin, Pbro.

En la Misericordia, á las siete de la mañana, los oficios.

En Ntra. Sra. de Gracia, á las seis de la mañana habrá sermon de Pasion que predicará D. José Saavedra Albuquerque.

En las Capuchinas y Agustinas, á las siete, los oficios de costumbre, y el sábado, á las seis.

**Sábado Santo.** — En la Colegial, á las ocho y media y en Santa María, á las ocho, los oficios del dia.

El Cabildo Colegial de San Nicolás se vé precisado á recordar á las personas piadosas, que las funciones religiosas de Semana Santa, si han de revestir alguna solemnidad, llevan consigo gastos á que no alcanzan los recursos ordinarios de la iglesia.

En el archivo parroquial de la misma se recibirán las limosnas que buenamente puedan hacerse con el indicado fin.